

¿Y ENTONCES QUÉ QUIEREN LAS MUJERES?

Florence Thomas*

Resumen

La perspectiva que genera este artículo sugiere una visión que intenta mostrar el principio de la femineidad sobre la base de la incertidumbre, ya que no existe un modelo preestablecido de lo que anhela la mujer actual.

Muchos conceptualizan que la mujer pretende igualarse al hombre, otros dicen que el rol de la mujer actual está cimentado sobre la base histórica del patriarcado, otros avanzan más allá en afirmar que la mujer está en la búsqueda de su identidad y el reconocimiento de sus aportes en el proceso de modernización, industrialización y urbanización de la sociedad.

Particularmente es importante el concepto de dualidad que se presenta en este artículo cuando se hace referencia a lo peligroso de desconocer la naturaleza humana adoptando un rol masculino que debilitaría notablemente el aporte indiscutible de la mujer a la humanidad.

El análisis argumentativo desarrollado a lo largo de este ensayo, busca ilustrar la importancia de la diferencia invaluable entre los sexos dándole mayor visibilidad pero desde la dualidad del mundo.

No obstante, este principio aún no ha logrado erradicar paradigmas masculinos tan arraigados como el de considerar a la mujer objeto de deseo, y es precisamente por esto que la mujer necesita creer en sí misma para proyectar su esencia en pos de su propio bienestar e ideales que con-

Fecha de recepción: Agosto de 2002

* Catedrática de la Maestría en Mujer, Género y Desarrollo de la Universidad Nacional. Coordinadora del grupo Mujer y Sociedad. (flomujer@hotmail.com)

tribuyan al desarrollo de contextos políticos, económicos y sociales en su entorno.

Palabras claves: Femenidad, identidad, mujer-objeto.

Abstract

The perspective generated by this paper suggests a scope attempting to show the principle of femaleness on the basis of uncertainty, because there is not a pre established model of what modern woman wants.

Many people conceptualise that woman pretends to be as the same as the man is, others say that the current woman's role is built on the historical basis of patriarchal system, some go farther when claim than woman is in search of her identity and the recognizing of her contributions in the modernization, industrialization, and urbanization processes.

It is particularly important the concept of duality that is presented in this article when it is made the reference to the danger of denying the human nature by adopting a male role which would largely weaken the certain woman's contribution to humankind.

The argumentative analysis developed through this essay tries to illustrate the importance of the invaluable difference between sexes by giving it a greater visibility but from the world duality.

Nevertheless, this principle has not been yet able to eradicate male paradigms so deeply rooted such as that of considering women as objects of desire, and it is precisely for this reason that woman needs to believe in herself in order to project her essence in search of her own welfare and ideals that contribute to the development of political, economical, and social contexts in her environment.

Key words: Femaleness, identity, women-objetc.

«Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron o no lo hicieron o dejaron de hacerlo [...] Una mujer es la historia de lo pequeño, de lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre. Pero también es la historia de una

conciencia y de sus luchas interiores. También una mujer es la historia de su utopía». Dice Josefa en *Antigua vida mía* de Angeles Mastretta.

A la pregunta ¿al fin qué queremos las mujeres?, respondo: afortunadamente no lo sabemos con precisión. No hay modelo pre-establecido, no hay una única idea de mujer, las identidades se han vuelto flexibles y múltiples y lo único que podemos hacer hoy día es aceptar la femineidad como un principio de incertidumbre.

Probablemente hay mujeres que les dirían que ellas sí saben lo que quieren porque quieren parecerse cada vez más a los hombres, quieren igualdad absoluta, y el modelo está ahí, el referente hacia el cual tender está ahí: bajo una ilusión de neutralidad, es el modelo masculino, lo neutro siendo hasta hoy claramente masculino. Sí, muchas saben lo que quieren: una igualdad radical, que no es otra cosa que un modelo único de humanidad en el cual las mujeres se asimilan al modelo masculino que ha sido históricamente el referente humano por excelencia. Un modelo que pide a las mujeres ser hombres y que, por cierto, lo está logrando. Son todas estas mujeres ejecutivas neoliberales, especies de chicas *Cosmos* de los mercados globalizados que han tenido que negar su historia, su memoria, sus múltiples resistencias y exiliar su piel y su palabra para disfrazarse de hombres sin sospechar que los efectos de una igualdad radical serán a la larga tenazmente perversos y podrán llevar a la humanidad al fin de esta tan bella y compleja mixticidad. Tenemos en Colombia múltiples mujeres que saben perfectamente lo que quieren.

Pero la pregunta me la hicieron a mí. Y para mí ser mujer hoy es no reconocerse en lo ya pensado, es de alguna manera extraviarse. Es caminar con la frente en alto pero sin rumbo preciso porque lo nuestro es un devenir. Devenir mujer, de esto se trata y en esto estamos. Y ojalá los hombres puedan pronto decir lo mismo. Ojalá podamos decir también que la masculinidad es un devenir, porque una mujer extraviada con un hombre inmutable es evidentemente catastrófica.

Sí, para mí, la pregunta es compleja y no podría responder por medio del concepto de igualdad o por medio de una mirada feminista

liberal. Para mí, el mundo está felizmente hecho de hombres y mujeres y el argumento de la neutralidad por medio de una igualdad radical se ha vuelto de una enorme peligrosidad. Además, esta coartada de un individuo neutro ya no resiste frente a las pruebas de la realidad. Con el advenimiento del sujeto mujer y su acceso a la individualidad ya se ha vuelto imposible borrar nuestra diferencia bajo el pretexto de una humanidad neutra. Un cuerpo de mujer no es un cuerpo de hombre; sus historias no son iguales; nuestros imaginarios tampoco; nacer mujer o nacer hombre en un mundo patriarcal nos inscribe de manera diferente en la cultura. Nadie lo puede seguir negando. Las mujeres no podemos olvidar nuestra historia, no queremos negar nuestras resistencias, no podemos renunciar a nuestras nostalgias, a nuestros silencios que traducían cinco mil años de esclavitud y que hoy nos deben llenar de fuerza y de motivos para trazar un camino nuestro que no puede homologarse al camino de los hombres, que fue otro.

Ahora bien, esta pregunta que me hacen hoy y que tiene cierto sabor inquisitivo es aun pertinente, y aunque algunos datos conducirían a dudar de su vigencia, para mí es un momento oportuno para responderla. Y es el momento oportuno porque ya hemos avanzado. En estos cuarenta últimos años hemos recorrido ya mucho camino, y lo hemos recorrido tan eufóricas, tan impacientes de felicidad, de libertad, de autonomía que no era posible aún la respuesta. Después de cinco mil años de esclavitud (lo dice Cioran, lo dice Georges Duby), de cautiverio (lo dice Marcela Lagarde), de opresión, de discriminación, nuestros primeros pasos fueron de euforia a pesar de las enormes resistencias que encontramos en el camino. Hemos avanzado, pero sabemos también que en las cuatros esquinas del mundo occidental sigue presente el sexismo en sus diversas expresiones y existe aún mucha discriminación en lo económico, lo político, lo ideológico, lo simbólico y lo cultural, y si bien es cierto que el privilegio de masculinidad fue abolido en su forma jurídica (la potestad marital fue abolida en 1974), sigue existiendo en la banalidad de lo cotidiano, sigue existiendo de manera tan evidente, tan naturalizada y esencializada que es prácticamente invisible. Por esto, hemos avanzado pero no hemos llegado, y por lo mismo es un buen momento para la pregunta. ¿Ahora que hemos avanzado, qué queremos, hasta dónde queremos llegar?

Sí, es incontrovertible que gracias a lógicas económicas, sociológicas y políticas, tales como la modernización, industrialización y urbanización del país, además de una relativa democratización del continente después de tenaces dictaduras, las condiciones materiales para una verdadera revolución de las mujeres se dieron, y ellas, apoyadas por los aportes de las teorías feministas, los estudios de género y las demandas de los movimientos sociales de mujeres, se visibilizaron y se constituyeron en sujetos políticos y de derecho. Descubrieron con asombro los caminos del saber, recuperaron, aunque todavía parcialmente, el control de su cuerpo e inscribieron derechos sexuales y reproductivos en la lista de los derechos humanos. Creo que no es una exageración afirmar que en estos albores de un nuevo siglo las mujeres participan, aunque todavía demasiado tímidamente, de las figuras de la modernidad. Su aparición en el escenario social, en cuanto sujetas inesperadas pero imprescindibles para tiempos mejores, no volverá, lo espero, a cuestionarse por mucho tiempo.

Entonces, ¿hasta dónde quieren llegar las mujeres y qué es lo que quieren?

Primero que todo hemos aprendido en el camino que no hay una sola respuesta. Trataré de responder entonces por mí, por algunas de las mujeres con quienes trabajo, por una buena parte de las feministas (si bien no todas), y contestaré desde el deseo, desde la utopía, desde lo imposible que, con las mujeres colombianas, aprendí a volver posible. Responderé también desde la incertidumbre, la duda, la imprecisión, y probablemente también desde las paradojas y las contradicciones. Muy posiblemente me equivocaré, y me tienen que otorgar ese derecho porque para nosotras las mujeres todo es inaugural. Y porque con el advenimiento del sujeto mujer, las certezas convertidas en dogmas se derrumbaron y voces múltiples empezaron por primera vez a tener eco en la historia. Es que, y lo vuelvo a decir, todo es inaugural para las mujeres: la palabra, la ciudadanía, la participación política, el amor, quiero decir, el amor desde una ética de la libertad y desde una ubicación de sujeto de deseo, el erotismo, el cuerpo, el goce; sí, todo es inaugural, y ustedes quisieran que les cuente qué quieren las mujeres... En la cultura patriarcal, los hombres tuvieron 5.000 años para cons-

truir la epistème occidental, para pensar el mundo y nombrarlo a su manera; y entre otras cosas, hace como 5.000 años que se repiten... nosotras acabamos de nacer....

Creo que después de estas luchas para obtener un mínimo de derechos civiles y jurídicos, lo que quieren hoy las mujeres es recuperar y valorar su diferencia, sus diferencias. Y ahí bien cabe comprender la diferencia como concepto existencial y epistemológico. Ya entendieron que igualdad y diferencia no son conceptos antitéticos ni dicotómicos y que la igualdad no se logra a pesar de la diferencia sino a partir de su reconocimiento y gracias a ella. La igualdad fue y sigue siendo para nosotras un debate político fundamental que atraviesa todos los campos de la vida, tanto privada como pública. Después de haber sido durante siglos madres, santas, vírgenes, brujas y putas, había llegado el tiempo de ser mujeres, mujeres en cuanto sujetos políticos y de derecho. Pero la diferencia es un concepto que remite a la existencia, a la existencia de las mujeres, es decir, a su historia, a su memoria, a sus imaginarios y sus resistencias milenarias hechas de silencios pero también de risas, de cantos y de goces; sí, y me refiero a estas historias de vírgenes, de santas, de brujas y de putas, y también de heroínas, por sus maneras de sobrevivir a la esclavitud, a las desgracias, a su uso por parte de los varones, a los partos recurrentes, y su falta de espacios, tanto físicos como subjetivos, que nos permita construir un sí mismo fuerte, en este caso, un sí misma.

La diferencia hoy día para las mujeres significa valorar social y políticamente prácticas milenarias de cuidado de los otros, de las otras; y tal vez más que nunca desde un país que parece haber perdido la posibilidad del asombro frente a los múltiples estragos de la guerra, significa reafirmar su proximidad a la vida, su proximidad a los cuerpos de la pequeña infancia, su ansiedad hacia el cuerpo del recién nacido, del niño y la niña o del anciano y la anciana; esta preocupación permanente de los problemas de hambre, de sed, de limpieza, de frío; en fin, su compromiso con la dinámica y la estética de la vida cotidiana; valorar social y políticamente sus prácticas igualmente milenarias del mundo de las emociones, del dolor, del consuelo, de las hierbas que curan el mal de estómago y de las palabras que sanan y vuelven a darle un

sentido a la vida. Todas estas prácticas deben a la larga y lógicamente producir percepciones, preferencias particulares, modos de pensar, maneras de ver y entender específicas, es decir, una cultura, una relación con el tiempo, con el espacio, con el otro, con la otra. Podríamos incluso tal vez hablar de una especie de *habitus* del otro, para retomar el concepto de Pierre Bourdieu, un modo de vida inscrito en el cuerpo, un modo de vida traducido por preferencias éticas y estéticas reconocibles y capaces de forjar una cultura que tendería a privilegiar, por ejemplo, el rechazo a la violencia, a las violencias, a las guerras y una distancia con todo lo que rompe el tejido de la vida cotidiana. Llamémosla cultura del cuidado, que difícilmente puede congeniar con una cultura guerrera. No sé, ustedes me dirán si exagero, pero creo que no porque conozco a las mujeres y a muchas mujeres diferentes en muchas partes distintas del país. En todas o casi todas he podido reconocer esta manera particular de habitar el mundo que no podemos dejar perder por un afán de igualdad radical, por un afán de parecerse cada vez más al modelo universal de sujeto, modelo diseñado exclusivamente para los varones. Este sujeto de la modernidad, de raza blanca, burgués, heterosexual, judeo-cristiano, varón, depredador y guerrero.

Frente a este modelo, nosotras queremos ser mujeres, siempre y cuando asumamos que el hecho de ser mujeres no yace en la indiferencia, como nos lo recuerda Alessandra Bocchetti en un libro muy bello que se llama justamente *Lo que quiere una mujer*; una mujer para la cual la historia de su sexo, su género, se vuelve algo significativo y determinante para pensar el mundo y actuar en él. Tenemos demasiadas experiencias y saberes que ofrecer al mundo para disfrazarnos de hombres, exiliando estos saberes, negando estas historias, silenciando nuestra palabra frente a los grandes debates contemporáneos de la modernidad, o peor aun, ausentes de las mesas de diálogos, de negociación y en general de las agendas de paz de ese país en guerra.

Y cuando en varios otros escritos me refiero a la necesidad hoy de feminizar el mundo, me refiero al hecho de que el mundo se deje impregnar de esta diferencia fundante de la humanidad: la diferencia sexual, la más irreductible de todas; feminizar el mundo significa cons-

truir una cultura incluyente, dual, verdaderamente mixta para la cual la mixticidad no es neutralidad. Y no es, por supuesto, a partir de una representación debilitada y sufrida de lo femenino, de un marianismo o maternalismo todopoderoso en las conciencias que transformaremos el mundo.

Me refiero a esta mujer inaugural, sujeta política y de derecho, que entendió que igualdad y diferencia son conceptos no sólo compatibles sino imprescindibles en sus actuales luchas. Seguir disfrazándonos de hombre contribuirá a desconocer el carácter dual fundante de la cultura y la humanidad empobreciéndola dramáticamente. Pero volvamos a lo que quieren estas sujetas inesperadas de la modernidad.

Quieren, por lo tanto y a partir de lo anterior, hacer política de otra manera. Hacer política partiendo de sí mismas, partiendo de sus experiencias, de sus saberes para cuidar y mantener la vida, de sus maneras de habitar y, por consiguiente, comprender el mundo. Queremos aprender a dudar del poder tal como los hombres lo han ejercido y abusado. De ese poder no queremos. De ese poder que, ya lo sabemos, no ha hecho muy feliz a nuestros compañeros, de ese mundo desolado que rodea la verticalidad masculina, no queremos; de ese heroísmo solitario del macho, de esa facultad de nunca llorar en público, de no sentir, de darlo todo, hasta la propia vida, por cualquier meta, desde lo laboral hasta llegar primero al cruce de la vía, de ese universo de competencia guerrera, de esa soledad del poderoso, de ese desierto emocional, no queremos. Por esto, para las mujeres se ha vuelto imprescindible hoy reconceptualizar el poder, redistribuirlo, y tal vez por esto prefieren hoy hablar de autoridad.

Y desde este reconocimiento de la diferencia que no riñe con la igualdad, las mujeres quieren hoy seguir construyendo civilidad, deconstruyendo poco a poco la metáfora patriarcal por excelencia expresada por la ecuación Mujer = Madre, que connota casi exclusivamente esposidad, maternidad y domesticidad. Construir civilidad significa ante todo reconocernos como sujetas políticas y de derechos aun cuando la cuestión de los derechos se vuelve compleja en esta perspectiva del pensamiento de la diferencia o de ese feminismo posmo-

derno. La cuestión es saber si desde una ideología patriarcal, que construyó un derecho lógicamente profundamente patriarcal, las mujeres pueden adquirir derechos desde sus diferencias. Un célebre escrito de las mujeres de la Librería de Milán, cuna del feminismo italiano de la diferencia, cuyo título, por cierto polémico, es «*No creas tener derechos*» trata de argumentar el hecho de que es bien complejo, desde un pensamiento aún profundamente patriarcal, elaborar derechos para las mujeres. Y de alguna manera tienen razón; lo vivimos de manera dramática y a menudo en Colombia, aun cuando en este país la legislación para las mujeres ha progresado significativamente pero sin poder escapar a una mirada aun muy masculina. O díganme ¿cómo fue juzgada Alba Lucía y cuántos años de cárcel tuvo que purgar sólo porque todos los que pretendían juzgarla lo hicieron desde sus experiencias de hombres y ninguno, ni el médico, ni el juez, ni el fiscal, ni siquiera la Corte Suprema pudieron des-centrarse algo de esta condición de hombre-varón, sujeto universal y único referente del discurso oficial del derecho. Díganme ¿cuál operación misteriosa, cuál transmutación insondable del lenguaje transforma una mujer víctima de una violación en culpable cuando se decide a recurrir a la justicia? ¿Cuánto tiempo tuvimos que esperar para que los abusos sexuales, las violaciones y las múltiples violencias domésticas, fueran reconocidas y tipificadas en los códigos penales? ¿Cuánto tiempo tendremos aún que esperar para que las mujeres sean reconocidas civil y legalmente desde sus diferencias existenciales? Sí, queremos civilidad y dignidad desde una mirada que atraviese críticamente esta cultura del entre-hombres. La mirada de las feministas italianas nos previene una vez más en relación con los efectos perversos de la metonimia Hombre con H mayúscula que ya ha provocado tantas desgracias (el ejemplo de Thelma y Louise).

La pregunta ¿qué quieren las mujeres? va de la mano de otra pregunta: ¿Qué tan visibles son hoy las mujeres? Y las diversas respuestas que aún siguen mostrando su invisibilidad conducen a afirmar sin duda que las mujeres queremos visibilizarnos. Pero visibilizarnos desde la diferencia. Hoy día nos reconocen, nos nombran, nos ven, nos oyen siempre y cuando nos portemos como hombres, siempre y cuando no desordenemos lo que los varones construyeron desde hace siglos: un mundo hecho a la medida de sus experiencias. Pero queremos visibili-

zarnos desde la dualidad del mundo, desde una honda convicción de que somos tan diferentes a los hombres como los hombres a nosotras; visibilizarnos desde una presencia específica al mundo, desde una cultura del estar juntos, desde otra manera de hacer política que apenas estamos tratando de construir y que podría asimilarse poco a poco al amor, al cuidado del bien común y al arte de estar juntos, como nos lo recuerda Alessandra Bocchetti; visibilizarnos desde una deconstrucción del poder tradicional, ese poder vertical, este poder que se ejerce sobre el otro, sobre los otros y las otras; visibilizarnos desde la autoridad femenina, desde la experiencia femenina, desde un poder tal vez más horizontal, no un poder *sobre* sino un poder *para*, para hacer cosas, porque no somos ingenuas y sabemos que para lograr cambios significativos es necesario llegar a espacios de poder. Visibilizarnos desde una palabra inaugural que se escuche con respeto y no como desde siempre, una palabra síntoma, síntoma de histeria. Muchos de ustedes e incluso muchas de ustedes creen que ya somos visibles y reconocidas, pero se equivocan. No somos ni visibles ni reconocidas; si lo fuéramos, hubiéramos estado en cantidades numerosas en las mesas de negociación y de paz, porque los varones hubieran sabido que no era posible negociar sin las mujeres, que no era posible decidir sobre un nuevo país sin las mujeres; sin las mujeres, quienes desde hace unos quinientos años en este país mantienen la vida a cualquier precio en medio de las más tenaces guerras; sin las mujeres, quienes hoy por hoy construyen en las cuatro esquinas de Colombia procesos de resistencia pacífica; quienes a pesar de la reciente viudez, a pesar del duelo, del hijo secuestrado, del compañero desaparecido, a pesar del destierro, del exilio, del desplazamiento, permiten que la vida siga fluyendo y que los hombres no naufraguen del todo. Las mujeres de Colombia están empezando a entender que no tiene sentido seguir pariendo hijos para la guerra. La ausencia total de mujeres en las mesas de negociación fue un escándalo que no deberá repetirse.

Si fuéramos visibles, no hubiéramos tenido que pasar por una ley de cuotas...Esta ley de paridad, que en Colombia ni siquiera es paridad, es una ley de reparación histórica, una ley que, en los albores del siglo XXI, es vergonzante porque los hombres hubieran debido oponerse a semejante ley que los obliga a incluir a 30 % de mujeres en

todas las instancias ...Esta ley existe y la apoyamos porque justamente todavía somos invisibles. Los sesgos culturales patriarcales son aún tan fuertes que nos tocó pasar por una ley. Y este ejemplo nos lleva a otro anhelo que tenemos: el de seguir desenmascarando el poder patriarcal bajo todas sus formas, todas sus expresiones, en lo privado y en lo público. Desde el patio de atrás y desde la plaza pública. ¿Nos tildarán de agresivas? Sí, probablemente. A mí me han tildado a menudo de agresiva. A lo cual respondo siempre, ¿cuál agresividad nuestra?, ¿cuál violencia nuestra al lado de las múltiples noticias de la prensa en relación con los estragos de las guerras que declaran los hombres en las cuatro esquinas del planeta?, ¿cuál agresividad nuestra al lado de la corrupción, de las violaciones de los derechos humanos, de las estadísticas de violencias domésticas, de los abusos sexuales, de las violaciones de niños, niñas y mujeres?, ¿cuál violencia nuestra?, ¿cuál agresividad nuestra?

En relación con los anhelos de las mujeres, nos tocaría hablar también del amor y del erotismo. Hoy es imposible seguir avanzando si no deconstruimos los viejos paradigmas masculinos que sustentaron durante siglos la sexualidad. Necesitamos afirmar una erótica femenina desde una reconceptualización del placer femenino y desde una mujer hoy día sujeto de deseo y no sólo objeto del deseo del otro masculino. Por supuesto, esto desordena bastante los viejos equilibrios, que más bien eran desequilibrios amorosos. Problematiza la sexualidad y la enriquece de una nueva dimensión con el advenimiento de un erotismo femenino. Un erotismo de piel, de sabores, de olores, de contemplación y de palabras; un erotismo lento, difuso y polisémico; un erotismo absolutamente inaugural en la historia de la sexualidad occidental oficial –es decir, masculina–, que nos ofrecía como único premio el orgasmo; un orgasmo definido por los hombres desde una libido exclusivamente masculina. Y nosotras no podemos pensar más en la democracia, en la paz, sin pensar en el amor. Y en esto seremos radicales. Estamos todos y todas en mora de construir una nueva ética del amor.

Podría seguir enumerando anhelos nuestros para responder a la pregunta que me formularon, pero en lugar de esto prefiero enunciar una

condición sin la cual ninguno de estos sueños se podrá realizar. Más exactamente un requisito: las mujeres necesitan aprender a creer en ellas mismas. Creer en nosotras mismas. Tarea difícil porque ¿cómo conocernos, reconocernos, escucharnos, apoyarnos y creer en nosotras mismas cuando fuimos amaestradas para creer en el otro, siempre masculino, en el dios masculino, en el padre, en el hijo, en el maestro, en dos palabras, en el falo?; ¿cómo creer en nosotras mismas cuando nuestro discurso, nuestra palabra fue imposibilitada históricamente y tachada ideológicamente?; ¿cómo recuperar un mínimo de credibilidad y de autoridad si nuestro imaginario quedó en el exilio durante milenios?; ¿cómo desplazar la rivalidad que fue resultado de la ley del padre y de toda la maquinaria patriarcal y construir en su lugar la *sororidad*, o el *affidamento* o también la *autoridad femenina* como nos los recomiendan las feministas posmodernas? De verdad, la relación de la mujer con la otra mujer es lo no pensado de la cultura humana. La práctica de las relaciones entre mujeres es, hoy día, uno de los más bellos caminos que estamos abriendo las mujeres para transformar el mundo.

Con esto quiero decir que en los albores de este nuevo milenio es necesario convencer a las mismas mujeres de la belleza de la figura de feminista. Figura de tantas utopías, de tantas posibilidades de vida, de tantos sueños que se están haciendo poco a poco realidad, sin generar violencias, sin reproducir la muerte, sin declarar la guerra ni siquiera a los hombres porque vivimos con ellos, los amamos y queremos seguir amándolos siempre y cuando acepten este nuevo devenir femenino. Entonces tal vez podremos hablar de contrarrestar las múltiples violencias, de construir democracia real en el país y de apostar por mejores maneras de vivir nuestra humanidad.

Pero para todo esto tienen que aprender a creer en sí mismas, a construir autoridad femenina (de la rivalidad a la sororidad) y a construir sus semejantes: Autonomía y soberanía.